

EL CANASTILLO DE FRESAS

Zarzuela en siete cuadros y una evocación, distribuídos en dos actos.

Libro en verso, original de
GUILLERMO y RAFAEL FERNANDEZ SHAW.
Música de JACINTO GUERRERO.

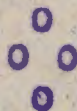
RES-170

Guillermo y Rafael Fernández-Shaw.



----- EL CANASTILLO DE FRESAS. -----

ACTO PRIMERO.



PERSONAJES

MARIA CRUZ.
CLARA.
PAULITA.
LA CONDESA DE ALBERDIALES.
CÁNDIDAS.
LA MARQUESA DE SOTOHERMOSO.
VOZ DE UNA CHULA MADRILEÑA.
OTRA VOZ FEMENINA.
ISABEL, (no habla). —
UNA DONCELLA, (no habla).

ANDRES.
BAUTISTA.
TINOCO.
DON GREGORIO.
EVARISTO.
EL DUQUE DE GUI SANDO, (no habla) —
VOZ DE ALFONSO XII.
ESTUDIANTE 1º.
ESTUDIANTE 2º.
GUARDA 1º.
GUARDA 2º.

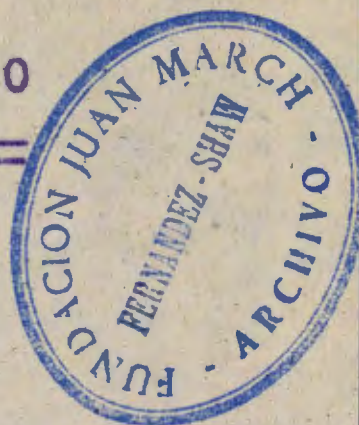
DAMAS Y CABALLEROS, GUARDAS, CAMPESINAS y
ESTUDIANTES.
CORO GENERAL.

La acción, en Aranjuez, en 1878, durante el
reinado del Rey Don Alfonso XII.
Con una evocación madrileña.

P R I M E R A C T O

CUADRO PRIMERO.

EL SANTO DE LA CONDESA.



Galería alegre y soleada de la residencia, en Aranjuez, de la Condesa Viuda de Alberdiales. Alta cristalada ocupa casi todo el telón a primer término. Como la vidriera está abierta, permite ver un característico panorama de aquel Real Sitio: la calle de la Reina, la entrada a los jardines reales y, en el fondo, el Palacio. En el interior de la galería hay un reloj de pesas y unas columnas con jarrones entre los ventanales; y varios bancos y otros apropiados muebles y asientos. La acción transcurre en una clara mañana de comienzos de primavera.

(En escena, CANDELAS y TINOCO;
(aquella, aristocrática señorita,
(hija de la duena de la casa, sen-
(tada en un sillón, cosiendo; éste,
(de pie, con atuendo mañanero de
(ayuda de cámara, y con un plume-
(ro en la mano.

- HABLADO -

CANDELAS.- No tienes razón, Tinoco,
para ofenderte.

TINOCO.- ¿Que no?
¿Y para gritar?

CANDELAS.- Tampoco.

TINOCO.- Entonces... yo no soy yo.

CANDELAS.- Conforme; no lo discuto.
Convéncete, de una vez;
eres, en clase de bruto,
lo más bruto de Aranjuez.

TINOCO.- Sí, sí... ¡Bruto!...

CANDELAS.- ¿Qué te pasa,
vamos a ver? Vamos, dí...
¿No es quizás, en esta casa,
todo siempre para ti?

TINOCO.- ¿Todo para mí? ¡El trabajo!
¡El trajín! Que no hay quien viva:
"¡Tinoco, bájate abajo!";
"¡Tinoco, súbete arriba!".
Y, mayordomo o cochero,
lacayo, espolique o paje,
cuando doy paz al plumero

es porque estoy de viaje.

¡Y ya es mucha zarandaja!

CANDELAS.- ¡Pero, hombre!... (Riendo)

TINOCO.- ¡Sanseacabò!

Aquí, cuando alguien trabaja,
el que trabaja soy yo.

(Acomete con el plumero a mue-
bles y jarrones.

CANDELAS.- ¡Despacito!

TINOCO.- ¡Despacito?

CANDELAS.- ¡Que vas a romperlo todo!.

(Da Tinoco un tantarantán a uno
(de los jarrones, que se tamba-
les an su columna.

¡¡El jarrón!!... Por Dios bendito,
con un poco mejor modo.

TINOCO.- (Dejando la faena)

Si es que no hay quien lo resista.

Ayer, en Madrid, sin más:

el señorito Bautista,

que es quizás... y sin quizás,

un trueno...

CANDELAS.- ¿Mi hermano?

TINOCO.- ¡El mismo!.

Ese... o apaga su fuego,
o le rompen el bautismo
en una casa de juego!.

Pues, su hermano... ¡Bruto, yo!...

CANDELAS.- ¡Acaba ya!...

TINOCO.- Lo encontré
igual, con perdón de usted,
que su madre lo parió.

CANDELAS.- ¿Un robo?

TINOCO.- ¡Un golro que es él!

CANDELAS.- ¡Más respeto!

TINOCO.- Me acomodo:
borracho como un tonel
o, si usted quiere, beodo.
Y tiene muy poca gracia
que, después, un nombre tal
presuma de aristocracia
y a mí me llame animal.

CANDELAS.- Son bromas; discúlpale.
Te lo llama sin encono.

TINOCO.- Yo, si me lo pide usted,
le disculpo y le perdono;
pero lo que es, desde hoy,

ya le he apuntado en mi lista:

"El señorito Bautista

me carga". ¡Bruto que soy!

(Suenan dentro varios campani-
llazos.

CANDELAS.- Llamen. Hoy el visiteo
empieza bien de mañana.

TINOCO.- (Que se ha asomado por uno de
los ventanales.

¡Buenas visitas! No veo
más que a mi padre y mi hermana.

CANDELAS.- Pues no es visita a deshora
la del guarda, fiel y honrado,
que en día tan señalado
viene a ver a su señora.

TINOCO.- ¿A ver?

CANDELAS.- A felicitar.

TINOCO.- O, a lo mejor, a pedir.

CANDELAS.- ¡Bruto! En vez de murmurar,
sal tu hermana a recibir.

(Tinoco hace mutis por la iz-
quierda.

- MUSICA -

CANDELAS.- (Llamando hacia la derecha)

¡Paca! ¡Paca! Por favor.

Di que salga a la señora;
que llegó, de "Huertas Grandes",
una bella embajadora.

TINOCO.-

(Que vuelve, hablando hacia el
interior.

Despacito, por aquí;
que podéis mancharlo todo:
no sabéis lo que ha costado
que esté limpio como el oro!.

CONDESA.-

(Entrando por la derecha, con
peluca muy arreglada y cubierta
con peinador blanco.

Tan temprano, ¿quién será?
No es la hora la mejor.
El que sea, me ha cogido,
tan temprano, en peinador.

EVARISTO y
MARIA CRUZ.-

(Entrando por la izquierda te-
merosamente, no atreviéndose
casi a pisar:

Buenos días tenga usted!
Cumpla muchos con salud;
tantos como la desean...

EVARISTO.-
M^a CRUZ.-

...Evaristo...
...y Maria Cruz.

CONDESA.-

Buen Evaristo,
Dios te proteja.
Nunca te olvides
tú de mis fechas.

CANDELAS.-

Buena Crucita:
cuando apareces,
brisas del campo
contigo vienen.

M^a CRUZ.-

(Que trae en sus brazos un be-
llo canastillo de mimbres cu-
bierto con grandes hojas ver-
des:

Este canastillo,
señora Condesa,
es nuestro presente
mejor del bancal;
porque los primeros
botones de fresa
son nuncio y promesa
de un año cabal.

Este canastillo,
campestre y sencillo,
que por nuestras manos
quisimos tejer,
es el anticipo
de una dicha cierta,
¡cuando ya la huerta
quiere florecer!.

Que el sol, lanzando a la tierra,
su beso primaveral,
le da, con dulces caricias,
temblor de fecundidad.

LOS DEMAS.- ¡Le da, con dulces caricias,
temblor de fecundidad!.

MA CRUZ.- Este canastillo,
nacido en la vega
que, plácido, riega
del Tajo el amor,
guarda la ventura
de un pueblo hortelano
que sientese ufano
de ser labrador.

Guárdalo, señora,
con tanto cuidado
como he procurado
su cuerpo formar.
Que este canastillo
sencillo de fresa
¡consiga, Condesa,
lucir en su hogar!.

- HABLADO -

CONDESA.-

(Tomando el canastillo de manos
de Maria Cruz.

Gracias, mi campesinita.

Lo guardaré con amor.

¿Te gusta la chimenea
de mármol de mi salón?

MA CRUZ.-

¡Señora!... (Halagada)

CONDESA.-

Pues, en el centro,
de la chimenea, hoy
lo admirarán mis amigos.
¡Quiero colocarlo yo!.

(A Tinoco) Tinoco: llévalo y ponlo,
que inmediatamente voy.

(Le entrega el canastillo)

¡A ver si haces algo así!

CANDELAS.-

(Temiendo por las fresas, que
Tinoco ha cogido de mala gana.

¡Con cuidado, por favor!

TINOCO.- (Negro) ¡Tinoco, arriba!...

CONDESA.-

¿Qué dices?

TINOCO.-

¿Yo?. Nada. ¡Bruto que soy!.

(Se va por la derecha, mien-
tras que cae el TELON.

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

OROS DE LA RESTAURACION.

El salón de la Condesa de Alberdiales, elegantemente amueblado. En el fondo, entre dos balcones -con ricos cortinajes,- una chimenea de mármol. Sobre ella, el canastillo regalado por María Cruz y dos figuras de porcelana. Encima, en la pared, un reloj. En el lateral de la derecha, amplia puerta que conduce al departamento que comunica con la calle. Otras dos puertas a la izquierda: la del segundo término da paso al comedor, y la del primero a otras estancias. Muebles isabelinos. Un piano vertical, cubierto con gran mantón. Araña de cristal, pendiente del techo.

(Se hallan en escena, en plena fiesta (de la Condesa, sus amistades preferidas: DON GREGORIO BERTIAL, Administrador del Real Patrimonio, y su hija CLARA; la MARQUESA DE SOTOHERMOSO, y (sus hijas PAULA e ISABEL; EL DUQUE DE (GUISANDO y otras DOS SEÑORITAS amigas (de Candelas. La CONDESA, entre sus convidados, muéstrase ufana y obsequiosa. (Candelas atiende a sus amigas. Una DON- (CELLA entra y sale, de cuando en cuan-

(do, por la segunda izquierda, trayendo
(para los concurrentes vasos de agua
(con azucarillos. En un extremo, --cuan-
(do la acción no requiera otra cosa,--
(BAUTISTA charla y regaña con Paulita.

(Al levantarse el telón, Don Gregorio,
(de pie, con un pliego de papel en la
(mano, agradece la calurosa salva de
(aplausos con que le premian sus ami-
(gos.

- HABLADO -

BAUTISTA.- ¡Muy oportuno!

PAULA.- Emotivo

y, al mismo tiempo, ocurrente.

D.GREGORIO.- No vale la pena... (Con falsa modestia)

CANDELAS.- ¿Cómo,

Don Gregorio? A puras mieles
nos ha sabido el poema.

CONDESA.- Por lo que a mí se refiere,
yo no sé...

D.GREGORIO.- ¡Por Dios, señora!...

CONDESA.- No sé cómo agradecerle...

BAUTISTA.- (Cortándole) ¿Los años que te ha colgado?

CONDESA.- ...¡Sus elogios!.

(A su hijo, aparte)

(¡Insolente!)

CLARA.-

(Que está cerca de D. Gregorio)

(Papá, siéntate.)

D.GREGORIO.- (A su hija) (No quiero).

CONDESA.- El Real Patrimonio tiene
en este Administrador
un Sófocles y un Apeles.

BAUTISTA.- (Riendo) ¡Mamá! ¡Apeles fué pintor!

CONDESA.- Es... igual. Ya me comprenden:
un gran artista.

D.GREGORIO.- (Disponiéndose a una nueva lec-
tura:

Y ahora...

BAUTISTA.- (A Paula) ¡Horror! Un mal nunca viene
suelto.

PAULA.- (A Bautista) ¡Calla!.

D.GREGORIO.- (En lo suyo) Dos versitos
de ocasión. (Con cierto énfasis)

"A nuestro Reyes:
con motivo de las bodas
de Alfonso Doce y Mercedes".

(Tose don Gregorio, garras-
(pea toda la reunión y dice el
(vate:

Un trono que se enciende de alegría;
un nido transformado en regio hogar;

un camino de flores, en franquía...

¡Esto es soñar!.

(Rumor general de aprobación,
como diciendo: "¡Qué bonito!")

Sentir el mismo afán y el mismo anhelo;

no ser uno ni otro el vencedor;

vivir para soñar con que hay un cielo...

¡Esto es amor!.

(Nuevos aplausos. Don Gregorio
(saluda ceremonioso.

CONDESA.- ¡Bravo!

CANDELAS.- ¡Un encanto!.

CONDESA.- ¡Un tesoro!.

CANDELAS.- ¡Qué inspiración!.

PAULA.- ¡Y qué estilo!.

BAUTISTA.- (A Paula) Pero ésto no es de Don Goro:

¡son unos versos de Grilo!.

¡Qué desfachatez!.

PAULA.- Tu, calla.

D.GREGORIO.- (A la Condesa, fatuamente)

No lo merezco, señora...

BAUTISTA.- (Siempre a Paula)

¡Lo dice él mismo! ¡Esto raya

en lo no visto hasta ahora!

CANDELAS.- ¿Y... los Reyes? (A Don Gregorio:)

D.GREGORIO.- Otra vez

marchan a la capital;
pero vuelven a Aranjuez
para la fiesta pascual.

CLARA.- (Como antes, a su padre)

(¡Siéntate!) (Don Gregorio obedece)

CONDESA.- Es cosa sabida:

ésto les hace tilín;
¡como que alternan su vida
entre Palacio y jardín!

BAUTISTA.- (A Paula) ¡Qué cursi es mi madre hoy!

PAULA.- (A él) ¡Es tu madre!.

BAUTISTA.- (Con mal modo) ¡Ya lo sé!.

PAULA.- ¡Hijo, cómo estás!

BAUTIS.- Estoy
como se me antoja. ¿Qué?

D.GREGORIO.- (A Bautista) Y... ¿no vemos algo bueno?

BAUTISTA.- (Levantándose) No, señor. Después de usted,
¿quién se mete en su terreno?

D.GREGORIO.- (Dirigiéndose ahora a Candelas)

¿Y Candelas?

CANDELAS.- Probaré,

por complacerle, al piano,
cualquier cosa... si Paulita
me auxilia...

PAULA.- ¿Yo? Que tu hermano,
si quiere, me lo permita.

BAUTISTA.- Por mí...

CANDELAS.- Me saldrá un cienpiés,
pero intentaré un rondó.

TINOCO.- (Apareciendo por la derecha)
¡Está el señorito Andrés!

CONDESA.- Que pase...

(Desaparece Tinoco)

BAUTISTA.- (Contento) ¡Este nos salvó!.

PAULA.- No comprendo...

BAUTISTA.- Porque él sí
que habla y canta sin trabajo.
Y, porque estando él aquí,
¡todo el mundo boca abajo!.

- MUSICA -

(Aparece ANDRÉS, vestido con
(el clásico traje de los es-
(tudiantes españoles. Ha deja-
(do en el vestíbulo la capa y
(el sombrero de dos puntas; pe-
(ro conserva en la mano un gui-
(tarrillo adornado con las cin-
(tas de los colores nacionales.

ANDRÉS.-

(En la misma puerta)

Señora, a vuestros pies.

Saludo a la reunión.

CONDESA.-

¿En ese traje, Andrés?

ANDRÉS.-

Tiene su explicación.

Mas antes permitid

mi felicitación;

que vengo de Madrid

por esta obligación.

(Avanza ahora; besa la mano de
(la Condesa y va saludando lue-
(go a las damas y caballeros;
(a Bautista, con un abrazo cor-
(dial.

TODOS.-

(Mientras que Andrés saluda)

¡Que vino de Madrid
con esta obligación!.

ANDRÉS.-

Con este vestido
de viejo estudiante,
que es símbolo errante
de nuestro país;
con este vestido
de rústica lana,
pasado mañana
me voy a París.

Nos llama la dulce
deidad parisina;
la reina latina
que es novia del sol.
Y a su llamamiento,
que ciega y fascina,
¡va la estudiantina
de garbo español!.

TODOS.-

Si lo español de veras
vive arraigado en ti,
¡los aires de la Patria
difunde por ahí!.

ANDRÉS.-

Guitarras, cascabeles,
la gaita y el tambor...
¡Yo quiero que nos oigan
la jota de Aragón!.

(A un requerimiento de Andrés,
(Paula, que estaba al piano,
(ataca la introducción de una
(jota.

"A vuestra Virgen francesa
trajimos, para su altar,
las mismas rosas de fuego
de la Virgen del Pilar".

Porque para el hombre
que sufre y que llora,
¡reina en todas partes
es Nuestra Señora!.

TODOS.-

Porque para el hombre
que sufre y que llora,
¡reina en todas partes
es Nuestra Señora!

ANDRÉS.-

"Con flor y fresa de España
quiero formarte un collar;
que con las gotas de sangre,
¿qué joyas se han de igualar?"

Joyas deslumbrantes
de sangre española,
¡con que más de veinte
naciones se adornan!.

TODOS.-

Joyas deslumbrantes
de sangre española,
¡con que más de veinte
naciones se adornan!.

ANDRÉS.-

"Con flor y fresa de España
quiero formarte un collar!"

- HABLADO -

CONDESA.- Bueno, Andrésín. Pero, explica, que yo no entiendo.

ANDRÉS.- ¡Condesa!

¡Si hasta viene en los periódicos!

¿No ha leído usted LA EPOCA?

Vamos a la Exposición

Universal. Unos treinta.

Todos, entusiastas. Todos,

con trajes de las Escuelas

y Estudios de Salamanca

y de Alcalá, Zabaleta,

con Castañeda y conmigo,

lanzó la primera idea...

¡y ya es una realidad!:

inundaremos con nuestras

melodías los jardines

de París, ¡y a ver qué cuentan,

después, de los españoles,

las modistillas francesas!.

BAUTISTA.- (Acercándose a Andrés)

Oye, Andrés: ¿y no hay un puesto que esté vacante?

PAULA.- (Desde su asiento) ¿Me/dejas?

BAUTISTA.- (Un poco cínico)

Si tú me das tu permiso...

ANDRES.- (Riendo) ¿Qué... Facultad representas?

BAUTISTA.- La... facultad de hacer siempre lo que el capricho me ordena.

ANDRES.- Para eso... ¡ya no hay vacantes!.

(Risas unánimes)

Hemos reunido vihuelas,
guitarras, flautas, violines,
laúdes y panderetas,
y ya en Madrid nuestros cantos
mil discusiones despiertan,
porque, en las noches de luna,
con nosotros no hay quien duerma.

(Volviéndose de pronto a la
(Condesa.

Y, a propósito, señora:
¿cómo andáis de sueño?

CONDESA.- En vela
paso las noches.

ANDRES.- Lo digo
porque hoy es luna llena,
¡y está aquí la estudiantina!.

CANDELAS.- ¿Vinísteis?

ANDRÉS.-

Por carretera:

¡alegrando los mesones
y alborotando las ventas!
Hoy tendréis nuestro homenaje,
-que por algo es vuestra fiesta,-
y mañana, -¡rumbo al mundo!,-
será la tierra pequeña
para unos cuantos audaces
que solamente desean
pasear nuestras canciones
y ennoblecerse con ellas.

CONDESA.-

Gracias. (Aparte a él)

Necesito hablarte.

ANDRÉS.- (A ella) Bien, señora. (Alto) Abajo esperan
no pocos de mis artistas.
Vienen sucios y lamentan
no poder subir...

CANDELAS.-

¿Son... jóvenes?

ANDRÉS.-

¡Y guapos!. En esto cuentan
lo mismo los Abogados
que los Doctores en Ciencias.

(Se inicia un movimiento de la

(gente joven, que va saliendo
(por la derecha.

CONDESA.-

(A su hija, que se disponía a
(seguir a los demás.

¡Candelas! Para estos mozos
el refrigerio se aumenta.

CANDELAS.-

Para obsequiar/a estudiantes
siempre me hallaréis dispuesta.

(Se va presurosa por la segun-
(da derecha.

D.GREGORIO.- ¿Y... hay poetas? (También interesado)

ANDRES.-

¿Qué decís,

señor? Todos son poetas;
que la estudiantina canta,
y todo el que canta, sueña.

D.GREGORIO.- ¡Simpática juventud!

ANDRES.-

(Facilitándole la salida)

¡Sí, señor! Abajo esperan.

D.GREGORIO.- Conocerán a Lord Byron,
a Quintana y a Espronceda...

ANDRES.-

¿Abajo? Saben de coro
todas sus obras completas.
Se las podéis preguntar.

D.GREGORIO.- ¡Curioso!... ¿Vamos, Condesa?

CONDESA.- Voy en seguida. (Mutis de Don Gregorio)

PAULA.- (A Bautista, que se hace el remolón:

¿No vienes?

BAUTISTA.- Vamos también, si te empeñas.

(Salen también. La Condesa vuélvese hacia Andrés en cuanto se queda a solas con él.

CONDESA.- Andrés: ¿podría contar contigo?

ANDRÉS.- Con alma y vida.

Pero me alarmáis...

CONDESA.- Es cosa que me preocupa, y querría pedirte ayuda.

(Va a sentarse en un sillón)

ANDRÉS.- ¡Señora!

Andrés Carrasco os suplica que le habléis con confianza... si confianza os inspira. Yo os debo algo más valioso que la vida, recibida de quien fué una servidora leal de vuestra familia.

CONDESA.- ¿Vas a recordarme?

ANDRES.- Sí;

porque os encuentro cohibida
y quiero que me ordenéis,
no que me roguéis sumisa.
Aquel lacayito ingenuo
que, de niño, os divertía,
pudo educarse, estudiar,
lograr títulos y estimas
merced a la protección
de una dama; y, si hoy en día,
como futuro Ingeniero,
ya es perito electricista,
¿a quién lo debe, señora?

CONDESA.- A tu esfuerzo, a tu energía...

ANDRES.- ¡A vos! Yo os ruego, Condesa,
que, sin cautelas ambiguas,
me ordenéis. ¿Llegué a ser algo?
¡Dadme ocasión de que os sirva!

(Rompe la Condesa en un sollo-
zo.)

¿Qué os pasa?

CONDESA.- Vén... Siéntate...

ANDRES.-

(Después de una leve duda, se sienta cerca de ella, dejando antes su guitarra sobre el piano.)

¿Vuestro hijo?...

CONDESA.-

Sí. ¡Bautista!

Se ha empeñado en arruinarnos y veo que nos arruina.

ANDRES.-

Pero...

CONDESA.-

¿No lo ves? ¿No has visto su conducta con Paulita?

ANDRES.-

¿Yo? No....

CONDESA.-

Se pasó la tarde riñendo a la pobre chica. ¡Y es la última esperanza ese casamiento! Rica, simpática, bondadosa...

ANDRES.-

Pero, ¿ellos se quieren?

CONDESA.-

¡Mira que se lo dije!: "Sí, al cabo, el tonto se formaliza, fíjate a lo que te expones: procura arreglar tu vida, sé formal, juicioso..." ¡Bueno!

Pues ya lo sabes: las timbas,
las tabernas y los antros
de Madrid son su continua
diversión, ¡y no hay fortuna,
ni salud que lo resistan!.

ANDRÉS.- ¿Y aspiráis?...

CONDESA.- A ti te quiere
como a un hermano, y te admira
porque sabe tus virtudes
y comprende tu valía.

(A un gesto negativo de él)

¡Sí, Andrés! Háblale; procura
despertar su alma dormida.
Si no es capaz del trabajo,
ni del estudio, que siga
por lo menos un camino
de los muchos que se estilan.

ANDRÉS.- ¿Una... buena boda?

CONDESA.- (Con naturalidad) ¡Claro!

ANDRÉS.- (Levantándose) ¡Señora!.

CONDESA.- ¡No es tan indigna
la cosa!. ¿Qué te figuras?
Hay veces que las familias

se ponen de acuerdo. ¿Entiendes?

ANDRES.-

Si él comprometió a Paulita,

y si resuelve la boda

un problema, estad tranquila,

señora. Bautista es bueno.

CONDESA.-

¡No le conoces!

ANDRES.-

Bautista

es caballero y cordial.

CONDESA.-

¡No!...

ANDRES.-

...Y hablándole a las fibras

del corazón, corresponde

con firmeza e hidalguía.

CONDESA.-

No...

ANDRES.-

...Porque es noble y valiente,

¡y español!.

CONDESA.-

(Entregándose y abrazando a An-
dres.)

¡Dios te bendiga!

ANDRES.-

¿Por qué?

CONDESA.-

¡Porque crees en él
aún más que su madre misma!.

TINOCO.-

(Que aparece por la derecha)

¿Estorbo?

CONDESA.-

¿Qué quieres?

TINOCO.-

No;

que ~~el~~ que estorba, descarrila.

CONDESA.-

Habla, Tinoco. ¿Qué quieres?

TINOCO.-

Dos cosas: una, que gritan

ésos, pidiendo que baje

la señora; y otra... ¡atiza,

se me ha olvidado la otra!

¡Bruto que soy!

CONDESA.-

(Disponiéndose a salir)

Pues, avisa

cuando te acuerdes. (A Andrés)

Tú, espera;

que te lo mando en seguida.

(Mutis de la Condesa por la derecha.)

TINOCO.-

(En cuanto se quedan solos)

Tiene razón la señora:

el Bautista es una "finca".

ANDRÉS.-

¿Oíste?

TINOCO.-

¿Yo? ¡Natural!

Que soy tradicionalista,

y es sagrado para mí

lo que mis padres hacían.

ANDRES.- Bautista no es más que un chieco
mal criado.

TINOCO.- ¿Enseñándole el índice de la
(mano derecha.

¿Si? Pues, mira
cómo se me ha puesto el dedo
de chupármelo estos días.
A ti puede que te oiga,
porque eres para él la Biblia
empastada en oro, y fuiste
lo que él sabe que debía
de haber sido; pero a todos
los demás, -van incluídas
madre y hermana, - nos tiene
metidos en una fila
que, entrando por un oído,
por el otro se las pira.

ANDRES.- Entonces, fracasaré.

TINOCO.- ¿Tú? ¡No! Porque tú caminas
cada vez por más alturas,
y el vé que las simpatías
de las gentes te rodean...

ANDRES.- ¿A mí?

TINOCO.- ...Que las señoritas

te sonríen, que hay algunas
que amorosas te dedican
sus miradas.

ANDRES.-

¿Qué me dices?

TINOCO.-

¿Y tú, in albis? ¡No me finjas!

¡Ay, Andrés, quién fuera tú!.

ANDRES.-

Pues, estudia.

TINOCO.-

¿Qué noticia!

¡Quién fuera tú... sin estudios!

Hoy mismo: ¿viste a la hija
de don Gregorio? ¡A la Clara!

¡Te miraba la muy pícara
con unos ojos!...

ANDRES.-

Fué siempre

mi confidente y mi amiga.

TINOCO.-

Bueno, bueno... Pero, ahora,

no es igual la perspectiva,

¿Te acuerdas de que una cosa
se me olvidó? ¡Se me olvidan

unas cosas!... Por ejemplo:

un encargo de.... Clarita,

diciéndome que recoja

su abanico... de esta silla.

(Toma, en efecto, un abanico
(de la silla que Clara ocupó.

Ya ves: ¡abanico en marzo!

¿La intención, no se adivina?

¡Bruto que soy! Yo me vuelvo
sin encontrarlo; ella misma
vendrá en su busca...

ANDRES.-

¿Tú crees?

TINOCO.-

(Ya desde la puerta de la dere-
cha.

Pero, como es femenina
la impaciencia... ¿No oyes pasos?

ANDRES.-

Será, sin duda, Bautista.

TINOCO.-

Pues, por si acaso, tu toma...

¡y/a ver a quien abanicas!...

(Se va rápidamente)

- MUSICA -

(Andrés, sin saber que hacer,
(con el abanico entre las manos,
(-que acaba de entregarle Ti-
(noco, - va a la silla y vuelve
(a colocarlo en ella.

CLARA.-

(Entrando por la derecha y mos-
(trándose sorprendida.

¡Ay, por Dios! Estaba usted...
Solitario esto creí...

ANDRES.-

No sé cómo me quedé;
pero reconozco que
me he quedado solo aquí.

CLARA.-

(Iniciando un mutis)

ANDRES.-

Luego, entonces, volveré.
¿Se ha asustado usted de mí?

(Ella vuelve)

CLARA.-

¿Asustarme? No. ¿Por qué?
Lo que pasa es que no sé
si estaremos bien así.

ANDRES.-

¿Queréis que me vaya?

CLARA.-

¡Oh, no! Os lo suplico...
No sé donde pude
perder mi abanico.
Buscándolo vine
de aquí para allá.

ANDRES.-

(Que lo coge de la silla)

¿Es éste, Clarita?

CLARA.-

(Tomándolo y con fingida sorpresa:
presa:

¡Qué casualidad!.

ANDRES.-

Este abanico de mujer
podrá decir, con su lenguaje,
los mil secretos que quizás
se esconden en su varillaje.

CLARA.-

Este abanico de marfil
no fue jamás un arca santa.
Sólo mi pecho es el guardián
que pone freno a mi garganta.

ANDRES.-

¡Terribles secretos!

CLARA.-

(Coqueta) ¿Terribles?... ¿Quién sabe!

ANDRES:-

¡Quien hoy poseyera
del arca la llave,
y el negro futuro
pudiera leer!.

CLARA.-

(Con intención, sonriendo)

¡No todo sería
tan triste de ver!

ANDRES.-

(Reaccionando a hora con entusias-
mo.)

CLARA.-

LOS DOS.-

¡Un abanico de mujer
un mundo nuevo me enseñó!.

Por su lenguaje comprendí
lo que ignoraba acaso yo.

¡Un abanico de mujer
es un amigo universal,
porque nos suele descubrir
un panorama sin igual!.

(Mientras que la orquesta repi-
(te los dos primeros versos de la
(la estrofa, ocultan ambos sus
(rostros tras el paño del abanico,
(co, que ella abre, un poco pi-
(carescamente. Cuando el abanico
(co se cierra, ellos cierran
(también la estrofa y el nú-
(mero.)

¡Porque nos suele descubrir
un panorama sin igual!.

- HABLADO -

CLARA.-

(Apartándose de él)

¡Qué locura! ¿Cómo ha sido
esto posible? ¡Sí, Andrés!...
una locura.

ANDRES.- (Riendo)

No, Clara:

una efusión.

CLARA.-

Yo no sé

lo que ha sido. Ahora vendrán...

ANDRES.-

(Dándole una salida)

¿No... me preguntaba usted
por Candelas?

CLARA.-

(Viendo el cielo abierto)

¡Cierto! Vine
en busca de ella.

ANDRES.-

¿Lo ve? Est

Estará en el comedor
preparando el tentempié.

CLARA.-

Si yo venía a buscarla...

ANDRES.-

¡Claro! Y, de paso, a coger
el abanico.

CLARA.-

(Que ha pasado a la izquierda)

¡Tunante!

ANDRES.-

Esta noche, cuando estén
todos recogidos, dando
en San Antonio las diez,
vendré con mi estudiantina,
y con ella cantaré
frente por frente a esta plaza.
Para este piso ha de ser
mi serenata; me obligan

deberes de hombre cortés;
pero hay en el piso bajo
una reja...

CLARA.-

¡Cállese!

(Da ella un paso hasta llegar
a la puerta de la izquierda
segundo término.

ANDRÉS.-

...Una reja endónde brillan
unos ojos de mujer;
y yo quisiera, quisiera...
quisiera esta noche...

CLARA.-

¿Qué?

ANDRÉS.-

Que cuando arriba me escuchen,
me oigan abajo también.

(Clara desaparece. Andrés vuel-
ve satisfecho y se queda sor-
prendido al ver a BAUTISTA,
que viene por la derecha en-
tre DOS JOVENES estudiantes,
sobre cuyos cuellos extiende
sus brazos.

BAUTISTA.-

¡Andrésón! ¿De qué te asombras?
¿De vernos así a los tres?
¿Cómo iba yo a figurarme
que habían de aparecer
aquí estos pejes? ¡Lo bueno
de la Inclusa y Lavapiés!.

ANDRES.- Pero, vosotros... (A los Estudiantes)

BAUTISTA.- No hay nada
que objetar. Porque ésta es
mi casa, y yo les obsequio
con dos copas de Jerez.
¿Está mal?

ANDRES.- De ningún modo;
pero yo querría...

BAUTISTA.- ¿Ves?
Tú quieres sermonearme
y no te parece bien
delante de estos amigos;
pero éstos son pura miel
para los secretos. Habla,
que ya mi madre, hace un mes,
me dice que tienes tú
que contarme no sé qué.

ANDRES.- ¿Hace un mes?

BAUTISTA.- Bueno; pues hace
dos minutos. Déjate
de circunloquios; aviva,
que se quema la sartén.

ANDRES.- Tu madre y tu hermana quieren,

¡y es natural!...

BAUTISTA.- (Cortándole) Mira, Andrés:

lo que quieren en mi casa
de "pé" a "pá" me lo sé.

¡Que me case con Paulita!
Porque ésto será el sostén
que necesitamos.

ANDRÉS.-

¡Eso!

Pero con más sensatez,
con más cordura...

BAUTISTA.-

¡No sigas!

Te voy a satisfacer.
Puedes decir a mi madre
que esta misma tarde fué
decidida nuestra boda.

ANDRÉS.-

¿Eso es cierto? (Contentísimo)

BAUTISTA.-

Y que en volver
a mi antigua vida, soy
quien tiene más interés.
Ya Paulita la hablará...
Pero, ahora, déjame
convidar a estos señores.

ANDRÉS.-

¡No faltaba más!

BAUTISTA.-

Después

podré darte más detalles.

ANDRES.-

¡Bien, muchacho!

BAUTISTA.-

¿Son de ayer

estos amigos!

ESTUDIANTE 1º.-

¡Verdad!

BAUTISTA.-

¡Amigos de la niñez!

¿Unas copas?

ESTUDIANTE 2º.-

Como quieras.

BAUTISTA.-

(A Andrés)

¿Vienes?

ANDRES.-

Luego.

BAUTISTA.-

Entiéndeme:

¡debo hacer a estos amigos
los honores de Aranjuez!.

(Se va con sus amigos por la
primera de la izquierda.

- MUSICA -

- CANTADO -

CONDESA.-

(Entrando con varios Invitados
por la derecha.

¡Andrés! ¡Andresillo!
Tus chicos te llaman.
Mas antes yo quiero
que tomes, en casa,
cualquier pisco-labis
de los que te agradan.

¡Tinoco!

TINOCO.-

(Por la derecha, cargado con dos capas de estudiante.

¡Señora!

CONDESA.-

¿Qué llevas?

TINOCO.-

Dos capas,
que dos de esos mozos
dejaron tiradas.

(Se va por la primera izquierda)

D.GREGORIO.-

(Entrando ahora con un grupo de chicas, en el que figura PAULA.
(Esta no disimula su tristeza.

¡Juvencia admirable!...

CONDESA.-

Paulita, ¿estás mala?

PAULA.-

(Sonriendo) ¡Oh, no!. ¡Ni pensarlo!

CONDESA.-

¡Así estás más guapa!

ANDRES.-

(A la Condesa) Hable, y no estan fiero
el león;
se casa, y ya está decidido.
Hoy mismo la boda
acordó.

CONDESA.-

(Mirando de reojo a Paula,
(que ha vuelto a su melancolía.

¡Pues nunca lo hubiera creído!

ANDRES.-

Será en adelante
formal;

CONDESA.-

Paulita, conforme y contenta.

Pues lo disimula
muy bien.

ANDRES.-

¡La calma siguió a la tormenta!

CANDELAS.-

(Saliendo por la segunda iz-
quierda seguida de CLARA,

¡Tinoco!, ¡Tinoco!.

ANDRÉS.- Aquí mismo estaba.

CONDESA.- ¡Tinoco!

CANDELAS.- ¡Tinoco!..

(A Tinoco, que sale por donde
(se fue: primera izquierda.)

¡No sirves de nada!

TINOCO.- ¿Qué quieres? ¿Qué quieren?

CANDELAS.- Que bajes las pastas
y el vino a los mozos
que abajo te aguardan.

TINOCO.-

(Soplando y antes de hacer mu-
(tis por la segunda izquierda:

¡Tinoco, que sube!

¡Tinoco, que baja!

¡Tinoco fue siempre
la bestia de carga!.. (Mutis)

HABLADO SOBRE LA ORQUESTA.

ANDRÉS.- Acepto las atenciones
en nombre de mis amigos,
porque ellas serán, en Francia,
más que un recuerdo, un estímulo
para nuestra empresa, llena,
sobre todo, de optimismo.

CONDESA.-

(Que ha tomado de la chimenea
(el canastillo de mimbres y se
(le entrega a Andrés.

Algo más quiero que lleves:

ve con este canastillo

a "Huertas Grandes" mañana,

y a María Cruz y Evaristo

dí que de fresas lo llenen:
las primeras que han nacido
en nuestro campo. Y, con ellas
y rosas de junto al río,
será realidad la jota
que alumbre vuestro camino.

- CANTADO -

ANDRES.-

(Después de colocar el canasti-
llo sobre un velador.

"¡Con flor y fresa de España
quiero formarte un collar!
Que, con las gotas de sangre,
¿qué joyas se han de igualar?".

(Tinoco cruza la escena lle-
vando grandes bandejas con
(pastas, copas y botellas.
(BAUTISTA sale ahora con los
(ESTUDIANTES y se suma a la
("voz general". Paulita se une
(a él, tierna y amorosamente.

TODOS.-

"¡Con flor y fresa de España
quiero formarte un collar!
Que, con las gotas de sangre,
¿qué joyas se han de igualar?".

(Un gran estrépito interior, de
(cristalería que se rompe, pone
(fin al cuadro.

M U T A C I O N

CUADRO TERCERO.

LA ESTUDIANтина ESPAÑOLA.

En telón, como a segundo término, y ocupando la mitad del foro, fachada de la casa de la Condesa con balcones en el segundo piso y ventanas altas en la planta baja, siendo una de ellas practicable y todas ellas con graciosos y vistosos visillos, por los que se transparenta la luz interior en su momento oportuno.

Al doblar la esquina de este edificio, aparece un amplio panorama de los Jardines del Príncipe, de Aranjuez; y, más lejos, la extensión de la vega.

Es de noche, y la luna luce en todo su esplendor.

-MUSICA-

(Por la derecha sale ANDRES, seguido de un grupo de ESTUDIANTES, vestidos todos con los típicos trajes de "estudiantina" y llevando unos y otros los instrumentos musicales de su uso. Violines, bandurrias, y guitarras, triángulos y panderetas con alegres cintas de colores.

ANDRES.-

¡Aquí es!.

En una noche
de luna, luna,
de luna clara,
la estudiantina
brinda a los aires
su serenata,
porque desea
que sus canciones
sean benditas
por estos aires
de nuestra España,
para que sean
más armoniosas
cuando resuenen
en los de Francia.
¡Vamos, muchachos!
Hacedlo bien.
¿Estáis en punto?
¡Pues a las tres!.

(Muy suavemente la estudianti-
(na rompe a tocar.

ESTUDIANTES.- No soy la voz de tu amante;
no soy la voz que tú esperas:
soy la voz de un estudiante,
que con trino vacilante
sueña conque le oigas tú.

ANDES.-

(Ya al pie de la ventana y bal-
(cón de la esquina, que se ilu-
(mina.

¡Tú!
¡Nina!
¡Mujer!

Mujer que tras los encajes
con que vistes tu balcón,
estás siempre de viaje
al país de la ilusión:

¡Suena!

¡Mujer!...

¡Que la voz del estudiante
logra siempre en un instante
transportarte a su mansión!.

ESTUDIANTES.- No te despiertes...
Sigue soñando
entre el arruyo
de mi canción...

(Se enciende la luz de la ven-
tana del piso bajo.

ANTRES.- La luz se enciende
de esa ventana.
¡Brilla en mi pecho
nueva ilusión!.

.....
.....

(Atacan los instrumentos con
brío y alegría.
¡Mírame, mírame,
mírame, tú!.

TODOS.- ¡Mírame, niña!
¡Oyeme, moza!
¡Quiéreme, reina!
¡Mírame, tú!.

ANDRES.- ¡La canción del "mírame",
mírame, mírame, tú",
es canción para reír,
porque no la ha de cantar
quien no tenga juventud!.

TODOS.- ¡Mírame, mírame,
mírame, tú!.

ANDRES.- "¡Mírame, cómo he venido,
mírame cómo he llegado,
mírame cómo te espero,
mírame cómo me marchó!".

(Los estudiantes evolucionan,
(y los que no llevan panderetas
(bailan y cantan graciosamente,
(con gran bulla.

TODOS.- "¡Mírame, mírame,
mírame, tú!.

¡Mírame, mírame,
mírame, tú!"

ANDRÉS.-

"¡Mírame cómo paseo,
mírame cómo me agacho,
mírame cómo te miro,
mírame cómo me alzo!"

(El perfil de Clara se destaca
(en la ventana baja. A poco se
(abre ésta y se asoma Clara. Los
(Estudiantes bailan y tocan cada
(da vez más alegremente.

TODOS.-

¡La canción del "mírame,
mírame, mírame, tú,"
es canción para reír,
porque no la ha de cantar
quien no tenga juventud!"

"¡Mírame, mírame,
mírame, tú!"

ANDRÉS.-

(Que queda solo al pie de la
(ventana de Clara, mientras que
(los demás estudiantes van mar-
(chándose por la derecha al rit-
(mo alegre de su canción.

"¡Mírame, mírame,
mírame, tú!"

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA.

CLARA.-

Muchas gracias,... estudiante.

ANDRÉS.-

¡Sólo en el cielo español
ocurre en noche de luna
que salga de pronto el sol!"

(Clara ríe... y él se acerca
(más a ella.

ESTUDIANTES.-

(Dentro)

"¡Mírame, mírame,
mírame, tú!"
Mírame, mírame,
mírame tú!"...

(Va cayendo lento el TELON.)

M U T A C I O N

CUADRO CUARTO.

LAS FRESAS DE "HUERTAS GRANDES"

Un trozo, alegre y soleado, de la finca de "Huertas Grandes", en los alrededores de Aranjuez. A la derecha, la casa, -de una planta y muros enca-lados", de Evaristo, el Guarda. Cubre la entrada una parra ubérima, a cuyo amparo se ha acogido un banco de piedra. A la izquierda, perdiéndose en la leja-nía, la perspectiva luminosa de la huerta, pródiga en frutos, flores y árboles propios de la tierra. Al fondo, bien claramente, la cinta brillante del río Tajo. Olmos, álamos y otros árboles, en los primeros términos, circundando la plazoleta que an-te la casita se forma.

Entre los bancales de la huerta, varias mozas limpiamente aderezadas, realizan diversas faenas campestres. Ante la casa, sentada en el banco, MARIA CRUZ limpia de hojas marchitas las hortensias de un tiesto que sostiene sobre sus rodillas....A sus pies, ocupando un banquito de madera, BAUTISTA,

destocado y con traje mañanero, colma a la moza de
agasajos.

- MUSICA -

- CANTADO -

MOZAS.-

(En sus faenas)

Fresas tempraneras
que, en las mañanitas
primaverales,
fingen corazones
en los altibajos
de los bancales;
Gotas de sangre,
chispas de fuego
deslumbrador:
como salpicadas
en el claro día
madrugador,
¡son las compañeras
-fresas encendidas,-
del campo en flor!.

BAUTISTA.-

(Que ha prestado atención a
los cantos de las mozas.

La huerta se despierta
con plácido temblor...
¿No sientes sus latidos?
¿No escuchas su canción?
El río va cantando
mecido por el sol...
¡y todo se estremece
con ráfagas de amor!.

(Se levanta y señala hacia el
fondo.

¿No ves, allá en el soto,
que alegre el río va?
Parece que quisiera
las tierras abrazar;
las tierras que, a su paso,

le brindan su amistad,
vistiéndose de flores
que tiemblan al brotar.

(Enfrentándose con el río)

¡Padre Tajo! ¡Padre Tajo!...
Yo te admiro, yo te quiero,
¡te consagro mi canción!
Porque en ti contemplo al novio
de las tierras porque cruzas:
¡de las tierras que palpitan
con tus besos de pasión!.

¡Padre Tajo! ¡Padre Tajo!
yo te quiero, yo te admiro,
¡yo proclamo tu verdad!
Porque pasas derrochando
tu caudal de amor y vida,
que es, en tierras generosas,
canto de fecundidad!.

Al ritmo con que, alegres,
tus aguas van al mar,
mis ansias amorosas
buscando puerto ván.
Inútil que les pongan
barreras de temor...
¡Al mar van tus espejos!
Mis ansias, al amor!.

¡Padre Tajo! ¡Padre Tajo!...
Viejo novio de las tierras
que aprendieron tu canción:
¡no las dejes, al lucir cada mañana,
sin tus besos de pasión!.

- - -
(Va ahora Bautista otra vez al
lado de María Cruz, pero sin
sentarse a su lado.

La huerta se despierta
con plácido temblor.
¿No sientes sus latidos?
¿No escuchas su canción?

M^a CRUZ.-

(Levantándose)

Los cantos que tú dices
aumentan mi ansiedad.
Yo sueño... y no quisiera
del sueño despertar.

(Ambos vienen al centro de la
escena.)

BAUTISTA.-

En este ambiente seductor
todo nos habla de promesas:
promesa firme, nuestro amor,
y esos rosales y esas fresas.
Promesa, el pájaro sencillo
que rasga el claro firmamento;
promesa, el tímido arbolillo
que cabecea bajo el viento...
Promesa dulce, tu mirada
de nueva luz interrogante,
¡y la amorosa llamarada
que colorea tu semblante!.

M^a CRUZ.-

En este ambiente
que me desconcierta,
todo me arrastra,
por amor, a ti;
pero del fondo
de la alegre huerta
surge una voz
que me retiene aquí.

BAUTISTA.-

De las prudencias
de esa voz defiende
alma y sentidos;
que engañados son;
y, si deseas
ser feliz, atiende
las voces sólo
de tu corazón.

- -

¡La huerta se despierta
con lírico tambor!.

MARIA CRUZ.- Transida de temblores,
también despierto yo!

BAUTISTA.- El río va cantando
mecido por el sol.

LOS DOS.- ¡Y todo se estremece
con ráfagas de amor!!.

(Quedan enlazados amorosamente
(en el centro de la plazoleta.
(Por el sendero de la izquier-
(da, aparece ANDRÉS, que trae
(bajo el brazo el canastillo.
(Su sorpresa no tiene límite.
(Los dos enamorados, sorprendido
(también, no saben qué decir.
(Es Andrés quien rompe el ines-
(perado silencio.

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA.

ANDRÉS.-

(A María Cruz)

La señora Condesa
quiere que pongas
en este canastillo
tus fresas rojas;
para que sean
de nuestra estudiantina
las compañeras. (Se lo entrega)

MARIA CRUZ.- La señora Condesa
será servida;
y, si me dáis permiso,
vuelvo en seguida.

ANDRES.- Fresas de fuego;
ve por ellas tranquila,
que aquí te espero.

(Maria Cruz, un poco corrida,
(desaparece por el fondo izquier-
(da, en busca de los bancales
(de fresas y flores. Andrés
(vuélvese entonces hacia Bau-
(tista, que se ve obligado a
(afrontar la incómoda situa-
(ción.

ANDRES.- (Severo) ¿Esto qué significa?

BAUTISTA.- (Cínico) Que la quiero.

ANDRES.- ¿Y tu palabra dada?

BAUTISTA.- No sé nada. No sé nada.

ANDRES.- ¡Tú me has asegurado!...

BAUTISTA.- (Riendo) ¡Confiado!...

ANDRES.- (Con indignación) ¡Eso no lo tolero!

BAUTISTA.- (Por toda respuesta, se encoge
(de hombros y repite:

Yo la quiero...

ANDRES.- ¿Dónde vas, insensato?

¿Dónde vas, ignorante?

¿Por qué abismos sin nombre
te despenas?

BAUTISTA.- ¿Tú no sabes, iluso,
que en amor lo importante

es que sueñes y digas
lo que sueñas?

ANDRES.- Tu familia, tu nombre,
tu elegida ante el mundo,
infamados contemplo
de repente.

BAUTISTA.- Tus arcaicas ideas
dan matiz tremebundo
a lo que es algo menos
que corriente.

ANDRES.- (Ya decidido a enfrentarse con
(Bautista.

Me has engañado
con malas artes;
mientes amores
por todas partes,
y el pervertido
turbio sentido
de tu moral,
borra en el fondo
de tu conciencia
la diferencia
del Bien y el Mal.

BAUTISTA.- Vuelo en las alas
de mi albedrío;
gasto y derrocho
de lo que es mío;
y en el sendero
libre y ligero
del corazón,
¡no te consiente
mi señoría
la letanía
de tu sermón!.

ANDRES.- (Ofendido) ¿Qué has querido decirme?

BAUTISTA.- ¡Lo que quieras!
Calla, y vete en buen hora.

ANDRES.- ¡No me callo!. (Enérgico):
¿Qué has querido decirme?

BAUTISTA.- ¡Tú lo quieres!. (Retador):
¡Que no admito, lecciones
de un lacayo!.

(Andrés, agraviado, va a arrojar
(se sobre él; pero reacciona y
(se contiene con visible esfuer-
(zo, yendo a caer, abrumado por
(la humillación, en el banco de
(piedra de la derecha.

ANDRES.-

¡Ah!... ¡Granuja! ¡Granuja!...

Pero... ¿adónde voy yo?

(Por la izquierda y el fondo,
(salen MARIA CRUZ y las MOZAS
(campesinas; aquélla, con el
(canastillo rebotante de fre-
(sas; éstas, con brazados de
(rosas rojas y con grandes ho-
(jas conteniendo también matas
(de fresas.
(Bautista se retira a la iz-
(quierda.

MARIA CRUZ y
MOZAS.-

Fresas tempraneras
que, en las mañanitas
primaverales,
fingen corazones
en los altibajos
de los bancales;
gotas de sangre,
chispas de fuego
deslumbrador:
como salpicadas
en el claro día
madrugador,
¡Son las compañeras,
-fresas encendidas,-
del campo en flor!.

(María Cruz y la mitad de las
(mozas rodean a Bautista; las
(demás mozas, a Andrés, que opor-
(tunamente se habrá alzado del
(Banco.

ANDRES.-

Cuando de fresa visten
los campos de Aranjuez,
tiene su mejor manto
la Virgen de Alpagés.

BAUTISTA.- (En su grupo)

Las fresas son sus joyas.

sus hilos borda el sol;
¡las gotas de rocío
puros diamantes son!.

MA CRUZ y
MOZAS.-

Fresas tempraneras
que, en las mañanitas
primaverales...etc.

(Evolucionan en torno a ellos)

MA CRUZ.-

(Pasando a hora al centro de la
escena en busca de Andrés.

Dile a la Virgen buena,
cuando tus rezos oiga,
que su collar adorne
con fresas españolas.

(Entrega a Andrés el canastillo)

ANDRES.-

Fresas que simbolizan
todos nuestros afanes;
porque, además de fuego,
son gotas, ¡ay!, de sangre.

(Andrés se va lentamente por
(la izquierda, mientras que
(ahora todas las mozas rodean
(a Bautista.

NAUTISTA.- (A las chicas)

Fresas tempraneras
que, en las mañanitas
primaverales,
tingen corazones
en los altibajos
de los bancales...

MARIA CRUZ
Y MOZAS.-

Gotas de sangre,
chispas de fuego
deslumbrador:
como salpicadas
en el claro día
madrugador...

BAUTISTA.- ¡Son las compañeras
-fresas encendidas,-
del campo en flor!.

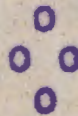
(El final del número coincide
con la caída del TELON.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Guillermo y Rafael Fernández Shaw.

EL CAN STILLO DE PRESAS.

ACTO SEGUNDO.





A C T O S E G U N D O

PRIMER CUADRO.

A LA VERA DEL SUEÑO...

Interior, a primer término, del pequeño zaguán de la casa de Tvaristo el Guarda. Por la puerta del centro, que conduce al campo, y por la ventana de su izquierda penetra, viva, la luz del sol. A la derecha, sentada en una silla baja, MARIA CRUZ, cose ropa de niño. A su lado tiene una cuna rústica. Por los huecos que dan al exterior se descubre alegre panorama campestre del verano.

- MUSICA -

Ma CRUZ.-

A la vera, vera
del Tajo
no te quedes, hijo,
sin dormir;
que la brisa, brisa
del río
es una caricia
para ti.

Canciones de los vientos,
coloquios de las aves,
monólogo del agua,
balidos del redil...
dijérase que todos

los aires de la huerta
conciertan sus distintos
lenguajes para ti.

¿Adónde, niño mío,
te llevarán sus alas?
¿Al borde de qué senda
tu paso detendrás?
¿Mal haya este misterio
del día de mañana,
que el alma de una madre
no puede adivinar!

A la vera, vera
del sueño
no te apartes, hijo,
de su arión;
que la vida, vida
sonríe
al que nunca deja
de soñar.

.
: : : : :
¡A la vera, vera
del sueño,
duerme, que tu madre
velará!.

- HABLA DO -

(Desde el exterior llegan EVA-
(RISTO y TINOCO.

TINOCO.- Bueno, padre; ¡ya está bien!
Yo me encargaré de todo.
Pero conste que el asunto
es de lo más bochornoso.

MA CRUZ.- (A su hermano, sin levantarse)
¡Perdóname!...

TINOCO.-

(Dulcificando su expresión)

No... Si yo. No... Si yo,
¿qué voy a hacer? Te perdono;
pero pudiste también
acordarte de Tinoco
entonces: cuando los besos,
los mimos y los arrobos.
Y ya, cuando está el mal hecho,
cuando hay que zurcir el roto,
¡para eso está el hermanito!
¡Bruto que soy!.

EVARISTO.-

Tú eres tonto,
nada más.

TINOCO.-

¡Padre!... El encargo...

EVARISTO.-

¡Difícil! Lo reconozco;
pero, ¿no eres tú tan hombre?
¿No te tienes por un mozo
templado?

TINOCO.-

Tocante a temple,
¿quién duda?

EVARISTO.-

Pues, ¡a ver cómo
pones las cosas en claro
y sacas a ésta del pozo!

Tu hermana ha sido engañada,
¡burlada!, por ese pollo;
y ése repara su falta
con prontitud y con modo,
¡o el escándalo que damos
se oye en China!

TINOCO.- (Asustado) ¡Poco a poco!

EVARISTO.- (Con indignación)

¿Cómo poco a poco?

TINOCO.- Digo

que yo el asunto lo expongo
poco a poco a la Condesa...
para evitar deterioros
en mi físico.

EVARISTO.- La forma,
como quieras... ¡pero el fondo!...
La María Cruz es condesa
de aquí a un mes... ¡o te deslomo!

TINOCO.- ¡Oiga, padre! ¡Bromas, no!
Que la autora del oprobio
no soy yo. Que, ¡a ver si cargo
con la culpa de los otros!
El Condesito....

EVARISTO.-

¡Es un hombre,
o me lo cargo! Eso es todo.

(A María Cruz, que llora)

¡No llores, chica! No llores,
que va a despertarse el rorro...
¡y no tiene que saber
de quién es hijo, tan pronto!

TINOCO.- (Perplejo) Pero, bueno... ¡Y digo yo!:

(Volviéndose a María Cruz, que
todavía solloza:

¿Te dejas o no de llores?
Cuando nació éste... infeliz,
¿no nos dijiste a nosotros
que el Condesito te dió
palabra de matrimonio?

M^a CRUZ.-

Así fué. Yo... le creí.

TINOCO.-

Pues, si no es por el sofoco
que te llevas, al saber
que ha anunciado su casorio
con la señorita Paula,
¡aún estamos a las ocho!

EVARISTO.-

Bueno... ¿y qué?

TINOCO.-

¿Cómo *que* "y qué"?

Que es un poco candoroso

creer antes tan a ciegas
y hoy dudar con tanto encono.

(Decidiéndose) Pero... por mí, ¡ni una letra
de más! Yo voy, y coloco
todo el drama... ¡y ya veremos
lo que hace este niño gótico!.

EVARISTO.- Pero, tú, ¡firme!

TINOCO.- ¡Yo, firme!

EVARISTO.- ¡Tú, imperioso!

TINOCO.- (Galleando) ¡Yo, imperioso!

EVARISTO.- ¡Es nuestro honor!

TINOCO.- (Yendo a la puerta) ¡Nuestra honra!

EVARISTO.- ¡Sin miedos!

TINOCO.- ¡Sin circunloquios!

EVARISTO.- ¡Es la ocasión!

TINOCO.- ¡El momento!

EVARISTO.- ¡El empujón!

TINOCO.- ¡El negocio!

EVARISTO.- ¡Adelante, los faroles!

TINOCO.- ¡Arriba, caballo moro!.

(Mutis por el centro)

M^a CRUZ.- (Suplicante) ¡Padre!...

(Se oye el llanto del niño
en su cuna.)

EVARISTO.-

¡Silencio! Que aprueba,
con su canción, el neófito.
Este es el único sabio
de la casa: prieto y gordo (lo toma en
brazos.
como un manojo de espárragos;

(Lo alza ufano)

¡pero hay que ver el manojo!

(El niño calla)

Tómalo. (Se lo entrega a su hija, que
(aún suspira.

¡Chica, no llores!

Acúñalo... ¡sin sollozos!

(Maria Cruz, sentada, abraza
a su hijo.

Que es un tesoro escondido...

¡y hay que cuidar el tesoro!.

(Evaristo, por detrás de su hi-
(ja, mira embelesado al nieto
(mientras que ella vuelve a en-
(tonar su canción de cuna.

-CANTADO-

Mª CRUZ.-

A la vera, vera
del sueño,
no te apartes, hijo,
de su alán;
que la vida, vida
sonríe
al que nunca deja
de soñar. (El telón va cayendo len-
(tamente.

MUTACION.

SEGUNDO CUADRO.

ORO Y MARFIL.

La plazoleta de la Espina en el Jardín de la Isla. Al fondo, el camino alto que, al otro lado del canal, conduce a Palacio, y la posible perspectiva del edificio. Forman la plazoleta cuatro bancos de piedra con respaldos, enfrentados dos a dos como ocupando las ochavas de la plaza. En el centro de ésta, la fuente circular en cuyo vértice se halla la estatuita del "Niño sacándose una espina de un pie". Árboles frondosos flanquean el paseo del fondo y los dos laterales que en la plazoleta desembocan. Es media tarde.

En primer término izquierda, sentadas en sillas volantes de tijera, la CONDESA, la MARQUESA DE SOTOHERMOSO y otra SEÑORA de edad avanzada charlan, toman caramelos y se abanicán con grandes pericones de plumas. Dos GUARDAS del Patrimonio, con sus característicos sombreros y bandoleras, pasean por el interior de la plazoleta. Por el fondo, se ven parejas de Damas y Caballeros que mantienen amorosos coloquios. A su debido tiempo, por el paseo del

fondo y por los dos laterales, llegan hasta ocho
PAREJAS: una formada por PAULITA y BAUTISTA, y otra
por CANDELAS y el CABALLERO 1º.

- MUSICA -

-CANTADO-

CANDELAS y
SEÑORA. - (Abanicándose).

¡Jesús, qué sofoco!
¡Jesús, qué calor!
(A la Marquesa) ¿Usted, no lo siente?

MARQUESA.- Condesa, yo no.
CONDESA.- Yo estoy sofocada.
¡Lorenzo! ¡Ramón! (A los guardas)
¿No notan ustedes
que es mucho el calor?

GUARDAS.- Allí, junto al río,
se pasa mejor.
SEÑORAS.- ¡Jesús, qué sofoco!
¡Jesús, qué calor!

CONDESA y
SEÑORA.- Las tardes de agosto
¡qué malas que son!
(A la Marquesa) ¿No siente usted angustia?

MARQUESA.- Condesa, yo no.
CONDESA y SRA. ¿Y qué es de esos chicos?
¡Lorenzo! ¡Ramón!
¿Atisban ustedes?

GUARDAS.- ¡Cuidado, por Dios!
Tranquilos pasean;
no tengan temor.

CONDESA y SRA. ¡Jesús qué sofoco!
¡Jesús, qué calor!..

(Las parejas que habían comen-

(zudo a entrar en la plazoleta
(han llegado ya a su centro. Bau-
(tista, que acompaña a Paulita,
(dice:

BAUTISTA.- En la plaza de la Espina
se ha perdido un corazón;
el galán que se lo encuentre
tendrá su compensación.

CABALLEROS.- (Avanzan y hablan a las señoras
(por encima del Banco de piedra.

Con la venia de las damas
de respetabilidad,
jugaremos a las prendas
que de tanta moda están.

LAS TRES SEÑORAS.- ¡Cuidadito, cuidadito
con los juegos de salón!...

BAUTISTA Y CABALLEROS.- ¡Aquí mismo jugaremos
bajo vuestra protección!.

LAS TRES SEÑORAS.- Todo juego es admisible
con mesura y discreción.

DAMAS Y CABALLEROS.- (Volviéndose ellos a ellas)

¡Es el juego de las prendas
prototipo del candor!.

(Las Damas y Caballeros se sientan
(tan por parejas, repartidos en
(los cuatro bancos de piedra.
(Las señoras de edad, por el
(contrario, se levantan para
(mirarles.

(Comienza el "juego de prendas"
(Paulita saca un pañuelo que
(anuda para que pese más.

RECITALO SOBRE LA MUSICA.

BAUTISTA.- ¡Con la letra "cé"! (Risas de las damas)

- CANTADO -

TODOS.- ¡De la Habana ha venido un barco
cargado de....?

(Paulita lanza el pañuelo al
Caballero 1º.

CABALLERO 1º.- (Recogiendo el pañuelo)

¡Celindas! (Risas).

(Va siguiendo el juego de unos
a otros hasta que se indique.
(Complacencia en las señoras

TODOS.- ¡De la Habana ha venido un barco
cargado de....?

CANDELAS.- ¡Cuchillos!

(Nuevas risas y complacencias)

TODOS.- ¡De la Habana ha venido un barco
cargado de....?

CABALLERO.- ¡Canciones!.

(Las señoras viejas, satisfechas
se sientan.

TODOS.- ¡De la Habana ha venido un barco
cargado de....?

(El Caballero arroja el pañuelo
a Bautista, quien, a la vez
que lo recoge, indica que ya
no les miran las señoras.

TODOS.- ¡Carino!

CABALLEROS.- (A su dama respectiva, amorosamente:

En el juego de amor

siempre llega un tesoro
escondido en un barco habanero.
En el juego de amor
es muy fácil meter
contrabando de amor bandolero.

DAMAS.-

En el ir y venir
del pañuelo volante,
siempre queda una estela en el viento.
En el ir y venir
¡qué agradable es saber
que el pañuelo va y viene contento!.

(Las señoras, escamadas de no
oirles en el juego de pren-
das, se vuelven a levantar
y a mirarles.

RECITADO SOBRE LA MUSICA.

CONDESA.-

(Llamando la atención)

PAULITA.- (De pie) ¡Niños!
¡Con la letra "té"! (Nuevas risas)

- CANTADO -

(Otra vez todos con el mismo
juego de antes.

TODOS.-

¡De la Habana ha venido un barco
cargado de...?

(Paulita arroja el pañuelo)

CABALLERO.-

¡Tomates!

TODOS.-

¡De la Habana ha venido un barco
cargado de...?

DAMA.-

¡Talento!

(Más risas. Las señoras vuelven
a sentarse, ya tranquilas de
nuevo.

TODOS.-

¡De la Habana ha venido un barco

cargado de....?

CABALLERO.-

¡Te adoro!...

(Una carcajada contenida)

TODOS.-

¡De la Habana ha venido un barco
cargado de....?

TODOS.-

(Puesto que vuelven a darse
cuenta de que no les prestan
atención las señoras.

¡Te quiero!..

BAUTISTA.-

(A Paulita, mientras que se
levanta, como las demás pare-
jas, que van paseando alre-
dedor de la plazoleta y por
delante de los bancos, muy
amartillados.

En el juego del amor,
siempre llega un tesoro
escondido en un barco habanero...

PAULITA.-

¡En el juego de amor,
es muy fácil meter
contrabando de amor bandolero!..

TODOS.-

¡En el ir y venir
del pañuelo volante
siempre queda una estela en el viento!
En el ir y venir,
¡qué agradable es saber
que el pañuelo va y viene contento!..
¡Te adoro!..
¡Te quiero!..

(Y quedan las parejas nueva-
mente sentadas en los bancos.
¡Mi amor!

(Los Guardas hicieron mutis al
empezar el juego de prendas.

- HABLADO -

CLARA.-

(Llegando por el fondo)

¡Por Dios, señores!...

PAULITA.-

Clarita,

¡tú faltas!

CLARA.-

(Bajando la voz)

¡Por Dios, amigos!

Un poco más de prudencia;
que mi padre vá corrido
de pensar que este verano
pueda haber tanto bullicio
en los jardines reales.

CONDESA.-

(Interviniendo)

Perdona. Tu padre ha dicho
lo que yo estaba pensando;
no están bien risas ni gritos
con este luto de Corte,
Tu padre nos da permiso
para pasear...

CLARA.-

¡Es claro!

CONDESA.-

...Mas no para permitirnos
otros lujos.

BAUTISTA.-

Mira, madre:

Don Coro y tú estáis antiguos.
Si por un jardín pasean
dos novios, ¿cuándo se ha visto
que paseen cabizbajos,
callados y pensativos?
¡Nunca!...

(Volviéndose muy cariñoso a
(Paulita.

¿Verdad tú que nunca
en la vida, cielo mío?

PAULITA.-

(Ruborosa)

Bautista, que me avergüenass.

BAUTISTA.-

(Ahora por Clara)

Y ésta, no dice lo mismo,
porque su amor, -su conquista
del corazón!,- aún no vino
de Madrid.

CLARA.- (Jovial)

Pues, te equivocas:

¡porque está aquí!

BAUTISTA.- (De buen humor)

¡Santo Cristo!

¿Sabes tú si todavía
está enfadado conmigo?

CLARA.-

(Con naturalidad)

¿Yo? No sé nada.

BAUTISTA.-

¡Mejor!

CLARA.-

¿Te enfadas tú si te digo
que sólo tuvimos tiempo
para nuestras cosas?

(A un gesto de Bautista)

¡Chico!

No váis a ser solamente
vosotros los preferidos. (Por todos)

CONDESA.-

(Adivinando)

¿Andrés... y tú?

CLARA.-

Sí, señora.

CONDESA.-

Lo esperaba; y te bendigo,
porque, por Andrés, ya sabes
la clase de mi cariño. (La abraza)
Dile...

CLARA.-

(Señalando hacia la derecha)

Dígaselo usted;
que llega por el molino.

CONDESA.-

(Sonriendo)

La sogá... tras el caldero.

PAULITA.-

¡Vaya un caldero bonito!.

ANDRÉS.-

(Por la derecha, con traje de
caballero, de tarde. Acude a
besar la mano de la Condesa.

¡Mi señora!. Estuve en casa
lo primero,

CONDESA.-

Espera, hijo:

lo primero, ¿o lo segundo?

(Mira la Condesa picaresca-
mente a Clara. Andrés compren-
de y sonríe.

ANDRÉS.-

Bueno; pues, si ella lo ha dicho,
¡lo segundo!

CONDESA.-

Abrázame;

que ya, con ella, he cumplido.

CANDELAS.-

(Que estaba entre los grupos de
jóvenes.

¿Y a la media hermana?

ANDRÉS.- (Con cariño?

¡Nena!

CANDELAS.-

(Abriéndole los brazos)

¡Abraza también, so pillo!

CONDESA.-

(Confiada)

¡Y a Bautista!

ANDRÉS.- (Serio)

¿Usted lo quiere?

BAUTISTA.-

(Avanzando risueño)

¡Lo que es por mí!...

(Le tiende la mano)

ANDRES.-

(Estrechándosela, frío.
(Reaccionando ahora alegre.

¡Ya todos! Que cuando el alma
se rebosa de optimismo,
sólo desea abrazar,
¡gritar!...

CLARA.-

(Como antes, bajando la voz)

¡Por Dios te lo pido!...
Gritar, no. Que viene el... suegro,
¡y te tragas los chillidos!.

ANDRES.-

Ya no me acordaba: el luto.

CLARA.-

¡Justo!

ANDRES.- (A todos) ¡Quien iba a decirlo!...

¡Tan joven y tan reguapa!

¡Pobre Rey! En mis oídos

aún resonaban los ecos

de nuestros éxitos líricos

en París,- los Bulevares,

Montmartre, los Campos Elíseos,-

cuando, todavía, en Francia,

el desenlace supimos.

Luego, las cartas de Clara

contándome lo ocurrido...

CONDESA.- ¿Contándote... nada más?

ANDRÉS.- Cartas, a renglones míos
en que pedía detalles...

(Riendo) ¡y le hablaba de otros íntimos
asuntos!.

CANDELAS.- (Nuevas risas) ¡Bien! ¡Ya está bien!

PAULITA.- Aclarado y comprendido.

(A Clara y Andrés) ¿Os agregáis al paseo
por parejas? ¡Sólo cinco
minutos!.

ANDRÉS.- (Resistiéndose) Ya cae la tarde
y acaso...

CANDELAS.- ¡Cá! ¡Por lo mismo!
También las señoras vienen.
¿Vamos?

CLARA.- (Contestando a Candelas y a
(una mirada interrogadora de
Andrés.

¡Vamos!

CONDESA.- Un idilio
que comienza en un jardín,
¡ya tiene feliz principio!.

(Salen por la derecha Clara y

(Andrés, Paulita y Bautista,
(Candelas y el Caballero 1º y
(las demás parejas. Al ir a de-
(saparecer la Condesa con las
(otras dos Señoras, TINOCO, que
(ha salido cautelosamente por
(la izquierda, se llega a ella
(y la detiene. Las dos señoras
(hacen mutis. Comienza a bajar
(la luz muy lentamente.

TINOCO.- Señora Condesa...

CONDESA.- (Sorprendida) ¿Cómo?

¿Tú aquí, Tinoco?

TINOCO.- ¡Señora!

Es mejor entre dos luces,

-o también entre dos sombras,-

que en casa, pues los testigos,

más que incomodar, estorban.

CONDESA.- ¿Qué quieres? (Un poco indiferente)

TINOCO.- Cierta, mi ama.

¡Era cierta la deshonra!

CONDESA.- ¿Deshonra? ¿De quién?

TINOCO.- ¿Tan flaca
se quedó de la memoria?

CONDESA.- (Severa)

¡Más respeto!

TINOCO.- (Con una inclinación)

Ustedé perdone.

CONDESA.- ¿Deshonra, de quién?

TINOCO.- (Otra vez confianzado)

De sobra

que se acordará...

(Temeroso)

¡Perdón!...

(Ahora dueño de sí mismo)

¿No se dignó la señora
apadrinar al infante
de María Cruz?

CONDESA.-

(Volviendo a su severidad)

¡Esa es otra!

Tu hermana ha dado un mal paso:
fué ligera y mentirosa.
Aquella flor de mi huerta,
aquella blanca paloma,
¡mira cómo fué a enfangarse,
como cualquier mujerota,
sin reparar en la casa
que amparaba su persona!.

TINOCO.-

¡Es mi hermana!

(Con espontánea protesta)

CONDESA.- (Altiva)

¡Más respeto!.

TINOCO.-

(Repitiendo la frase con la
(mayor suavidad posible.

Es... mi hermana...

CONDESA.-

¡Quien te oiga!...

Cuando tú fuiste el primero
que armó la gran jerigonza!
¡Una mujer que, a las claras,
no nos ha dicho a estas horas
de quién es el desgraciado
que en esa cunita llora!...

TINOCO.-

(Como quien ve el cielo abier-
(to.

Pues... de eso se trata.

CONDESA.-

(Interesada) ¿Ya?

TINOCO.-

Como él...

CONDESA.-

(Con naturalidad)

¡Cuando yo le coja!...

TINOCO.-

...le prometió el matrimonio,
ella cayó. Pero... ahora...

CONDESA.-

¿Ahora... qué?

TINOCO.-

(Midiendo las palabras y con
(cómicamente).

Como 'él anuncia...

¡perdón!... anuncia su boda...

¡con la señorita Paula!...

(Alejándose rápidamente)

¡Perdón, eh!

CONDESA.-

(Casi sin poder hablar, por la
impresión recibida.)

¡Calla tu boca!.

(Yendo a él)

¿Que dices, víbora?

TINOCO.-

(Huyéndola) ¿Yo?

CONDESA.-

¿Qué cuento, que vil historia
habéis urdido, granujas,
para cubrir de ponzoña
la inmaculada honradez
de una familia dichosa?

TINOCO.-

(Desde lejos)

Perdón, señora Condesa.

No hay cuento; sólo una cosa
muy triste.

CONDESA.-

(Todavía indignada)

¿Quién lo sostiene?

TINOCO.-

Ella lo dice; ¡ella sola!.

Y ella lo sabrá mejor,

¡digo yo!, que la señora.

(Con un arranque, acercándose)

¡La María Cruz fué engañada!

CONDESA.-

(Que aún se resiste a creerlo)

¡Jesús! Se habrá vuelto loca,

¡y no sabe lo que dice!

Que el señor Conde....

TINOCO.-

Sintiéndose fuerte)

¿Le consta

a la señora que el Conde

no es capaz....?

(La Condesa se entrega y rompe
a llorar.

¡Esta es la broma!:

que allá mi hermana suspira,

¡y aquí su madre solloza!.

(Por uno y otro lado del fondo
aparecen paseando los dos
GUARDAS en unión de otros
cuatro. Quedan prudentemente
retirados, escuchando.

CONDESA.-

(Reaccionando con un gallardo
arranque.

¡Oye, Tinoco! Si es todo

una burda maniobra,

tu padre, tu hermana y tú

estáis de más desde ahora;

pero si es cierto, si el hijo

de mis entrañas se mofa
de una pobre chica, y quiere
ponernos en la picota...
¡dýelo bien!: o renuncia
bienes, títulos y glorias,
¡o se casa con tu hermana
con acción caballerosa!.

TINOCO.-

(No creyendo lo que oye)

¿Es cierto?

CONDESA.-

¿Cuándo me has visto
mentir? La mentira brota
de los recovecos sucios,
de las almas borrascosas;
pero sólo la verdad
por el corazón asoma.

TINOCO.-

Señora...

CONDESA.-

Déjame. Siento
como un dogal que me ahoga.

(Se dirige a la derecha)

Serás pronto mi pariente...
Dios nos paga y nos conforta
con pruebas duras.

(Con mezcla de amargura y de
ironía.)

¡Parienta
de... Don Tinoco!.

TINOCO.- (Abrumado) ¡Señora!...

(La Condesa desaparece por la
(derecha y Tinoco queda como pe-
(trificado cerca del lateral.

- MUSICA -

(Los seis GUARDAS avanzan de
(puntillas y saludan con una
(reverencia a Tinoco.

GUARDAS.-

¡Enhorabuena!

TINOCO.-

¡Enhorabuena!

GUARDAS.-

¿Habéis oído?

Lo principal:

Que subes pronto,
que llegas alto,
¡que tienes alas
para volar!.

TINOCO.-

Yo todavía
no me lo creo.

GUARDAS.-

Parece engaño...

TINOCO.-

Pues es verdad.

Si fuera cierto,

¡qué temporadas
las que iba a darme
de descansar!.

GUARDAS.-

(Evolucionando)

Pariente de no sé cuáles;
cuñado de no sé quién...
¡De qué títulos te vales...
te vales para ascender!.

TINOCO.-

(Idem)

Pariente de Sus Mercedes;
cuñado de Su Merced...
Lo haré, con perdón de ustedes,
mejor de lo que se creen!.

"Excelentísimo señor:
esta es no más para decir
que goce usted de la salud
que yo deseo para mí".
"La fresa hogano pinta bien
y los espárragos tal cual;
la burra tuvo un jumetín
y el cerdo empieza ya a engordar?".

GUARDAS.- Excelentísimo señor:
aunque de seda vista usted,
a todos nos parecerá
que va vestido de satén.

TINOCO.- "Excelentísimo señor",
en todas partes me dirán,
¡con reverencias por aquí
y con saludos por allá!

GUARDAS.- (Como antes)

La suerte de Don Tinoco
de coro ya me la sé:
pariente de no sé cuales,
cuñado de no sé quién.

TINOCO.- (Idem)

La suerte de Don Tinoco
ha sido la del vagón:
que no se mueve de un sitio
si no le dan un tirón.

(Evolución durante unos compases de orquesta sola.

TODOS.- Con reverencias por aquí
y con saludos por allá,
"¡Excelentísimo señor!"
en todas partes {me} dirán.
 {te}

(Termina el número con Tinoco
(en el centro y tres guardas a
(cada lado, saludándole ceremo-
(niosamente.

- HABLADO -

GUARDA 1ª.- ¡Enhorabuena, Tinoco!
Te veo ya ^{de} ~~ya~~ ^{tisú,}
con pieles en el abrigo
y plumas de marabú.

GUARDA 2ª.- (Riendo)
¡Tu trabajo te ha costado!

TINOCO.- ¿Eso es llamarme gandul?

GUARDA 1ª.- ¡Tú llegarás!

TINOCO.- Dios te oiga!

ANDRES.- (Saliendo alterado por la de-
(recha.

Tinoco, por tu salud,
¿qué le ocurre a la Condesa?

(Se lo lleva a un extremo. Los
(guardas se apartan discreta-
(mente.

¿Una hecatombe?

TINOCO.- (Dándose importancia)

Según:

lo que es negro para unos,

para otros se vuelve azul.

Yo... azuleo.

ANDRES.- ¿Qué me dices?

TINOCO.- Que, gracias a María Cruz,
en un día, ¡y sin estudios!,
he subido más que tú.

ANDRES.- (Con sequedad)

Enhorabuena.

TINOCO.- Eso dicen.

ANDRES.- Habéis corrido un albur...
¡y ganáis! Mas... la señora...

TINOCO.- (Ufano)

¿Te has fijado en su actitud?:
¡una señora!

ANDRES.- ¡La ruina!

¿No te da lástima?

TINOCO.- (Siempre dándose importancia)

¡¡Uti!!

ANDRES.- (Iniciando el mutis por la iz-
(quierda.

¡Adiós!.

TINOCO.- ¿Dónde vas?

ANDRES.- ¿Lo sé

yo mismo quizás? ¡Abur!.

(Y se va cuando comienzan a
(volver por la derecha varios
(grupos de los ya conocidos
(concurrentes al jardín.

- MUSICA -

+CANTADO-

PAULITA.- ¿Qué le ocurre?
CANDELAS.- ¿Qué te pasa?
CONDESA.- (Que viene entre Paulita y Can-
(delas, que la sostienen y aba-
(nican.

Nada, hija;
es el calor.

(Candelas sienta a su madre en
(uno de los bancos.

BAUTISTA.- (Que llega detrás)

Tú, Tinoco;
vé por agua.
¡Vamos! ¡Pronto!
¡Remolón!.

(Tinoco, que ya se creía li-
(berado de toda obediencia,
(acata la orden y se dirige a
(uno de los Guardas para que es-
(te cumplimente el encargo. Los
(demás Guardas también se es-
(fuman.

CLARA.- En el río se miraba;
de repente, dió un traspiés;
y por poco cae de bruces
si no acude a tiempo Andrés.

PAULITA.- Por lo visto, no fué nada.
CONDESA.- (Sonriendo)

Poco a poco, se pasó.
BAUTISTA.- (A su madre)

Ya no estás para estas cosas:

¡te lo tengo dicho yo!.

(Por el paseo del fondo llega
(DON GREGORIO, a quien le ex-
(traña el grupo en torno de
(la Condesa.

D.GREGORIO.- ¿Qué ha pasado?

CLARA.- Nada, padre.
La Condesa...

CONDESA.- (Dando a besar su mano a Don
(Gregorio.

Nada fué...
Don Gregorio:
ya hace tiempo
que deseo
ver a usted.

(Recitado sobre la orquesta)

DON GREGORIO.- Gracias, amiga mía.

Ya puede suponer,
estando el Rey de luto,
que yo también lo esté.
Murió la Reina amada;
y, en su Palacio, el Rey
su idilio comenzado
roto de pronto vé.

CONDESA.- Pero, ¿Madrid, en tanto?...

D.GREGORIO.- Madrid llora con él;
y en las dolientes horas
de cada anochecer,

escucha emocionado,

-cantandola a su vez,-

una canción de niños

que suena por doquier.

Dijérase que el pueblo

dialoga con su Rey;

el triste rey suspira

por su perdido bien...

iy que Madrid desborda

consuelos de mujer!.

(Oscuro total, que debe durar
(lo menos posible. Cuando vuel-
(ve la luz, se ha transparenta-
(do el telón del fondo, dejan-
(do ver, a la luz de un anochecer
(romántico, un caracterís-
(tico trozo de Madrid: el que
(se contemplaba en 1878 des-
(de el extremo Norte de la Pla-
(za de Oriente: las casas ba-
(jas de las caballerizas y, de-
(trás, a la derecha, -del ac-
(tor-, la esquina norte-este
(del Palacio Real. A lo lejos,
(en el resto del fondo, la pers-
(pectiva del Campo del Moro y
(la Casa de Campo. Uno de los
(balcones de la planta princi-
(pal del alcázar está encen-
(dido, y tras sus cristales
(se advierte, en su momento,
(la silueta de la figura del
(Rey don Alfonso XII. Muy en
(primer término, como pertene-
(ciente a la Plaza de Oriente,

(un reverbero de gas difunde
(una tibia claridad que envasía
(como en una gasa, la figura de
(una "Chula" madrileña con su
(mantón y su blanco pañuelo de
(seda. Durante el oscuro, ha
(desaparecido la "fuente de la
(espiná" de la plazoleta de
(Aranjuez, y se han retirado
(a los extremos de la escena
(los concurrentes para dejar li-
(bre la vista de la evocación
(madrileña. Coincidiendo con la
(presentación de ésta, suena la
(primera voz interior.

-CANTADO-

VOZ DEL PUEBLO:

"CHULA". - ¿Dónde vas, Alfonso Doce?
¿Dónde vas, triste de ti?

VOZ DEL REY.- Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la ví.

"CHULA".- Si Mercedes ya se ha muerto;
muerta está, que yo la ví.
Cuatro Duques la llevaban
por las calles de Madrid.

VOZ DEL REY.- Su carita era de Virgen,
sus manitas de marfil;
y el velo que la cubría
era un rico carmesí.

TOTOS.-

(En escena, como un eco)

¡Y el velo que la cubría
era un rico carmesí!.

(El reverbero casi apaga su
(luz. Y la "Chula" queda en
(penumbra. Tras el vidrio del
(balcón, se dibuja la silueta
(del Rey. Las estrellas tiemblan
(en el firmamento.

CHULA.-

Los faroles de Palacio
ya no quieren alumbrar;
porque se ha muerto Mercedes
y luto quieren guardar.

VOZ DEL REY.-Asomado a mi ventana
una estrella blanca ví,
cuanto más la perseguía,
¡más se apartaba de mí!.

OTRA VOZ FEMENINA

INTERNA.- No te olvides de mí, Alfonso;
¡no te olvides, ay, de mí!
Que soy tu esposa querida,
¡y no me olvido de ti!.

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA.

D.GREGORIO.-

(Como antes. No se ve apenas su
(figura; pero se oye su voz so-
(bre la orquesta, que repite el
(tema anterior.

Dijérase que el pueblo
dialoga con su Rey;
que el triste Rey suspira
por su perdido bien...
¡y que una voz del cielo
va hablándole también!.

(Cae el TELON)

M U T A C I O N

CUADRO TERCERO.

TIERRA DE GRATITUD.

Vuelve la acción a desenvolverse en el salón de la Condesa que vimos en el cuadro Tercero del primer acto. Es por la tarde: el sol entra a raudales, tamizados por unos visillos blancos en las vidrieras de los balcones. Sobre la chimenea, vuelve a estar el canastillo de mimbres.

(La CONDESA, sentada en un sillón, da muestras de abatimiento. ANDRÉS pasea por la habitación, inquieto.)

- HABLADO -

CONDESA.- No hay quien convenza a ese tuno de Evaristo. ¡Ni lo intentes! Es testarudo, egoísta...

¡Has hecho mal en traerles!

ANDRÉS.- Yo intentaba... un buen arreglo. Con dinero ha habido veces...

CONDESA.- ¡Pues ésta, no! ¡El matrimonio ha de ser... erre que erre!.

Y la boda de Bautista
con María Cruz, francamente,
cuánto más lo pienso, más
imposible me parece.

ANDRES.- Comprendo: la situación...

CONDESA.- No es la ruina solamente:
es la vergüenza, el bochorno
ante el mundo, Yo, -¿qué quieres?-
me preocupo y me acobardo
por lo que dice la gente.

ANDRES.- (Deteniéndose y con gravedad)

Pues, si no es con María Cruz,
¡no hay boda! Piénsenlo ustedes.
La señora fué, al principio,
demasiado complaciente;
prometió reparación
tan completa, que no puede
calcular lo convencidos
que se aferran en sus trece.

CONDESA.- (Apurada)

¡Que horror! Figúrate el día
en que Paulita se entere!
¡Y una fortuna como ésa,

que así se nos desvanece!...

¿No te doy pena? (Gime)

ANDRÉS.-

¡Señora

Condesa!... Si por mí fuese...

no sé, no sé lo que haría...

¡con ese loco imprudente!.

CONDESA.-

¿Con... el Guarda?

ANDRÉS.-

¡Con Bautista!

¿Es que no se lo merece?

CONDESA.-

(Eludiendo los cargos contra
su hijo.

Claro... Sí... ¿No te doy pena?

Pásese usted, empobrézcase

años y años, derrochando

sacrificios y mercedes,

enderezando infortunios

y ayudando a todos siempre,

para que, al cabo del tiempo,

pueda a mis alturas verme

arruinada y sin amparo...

¿No te doy pena mil veces?

ANDRÉS.-

(Confuso)

Señora, yo...

CONDESA.-

(Poniéndose de pie)

!Claro! Tú...

¿Cómo voy yo a proponerte?...

Pero, en tu mano...

ANDRES.-

(Descorretado)

¿En mi mano?

CONDESA.-

(Dueña de sí; alternando sus
(insinuaciones y sus suspiros.

¡Hijo!... No sé... Ya me entiendes.

Bien sé lo que tú darías

y bien se lo que me quieres.

(Llega hasta el primer tér-
(mino de la izquierda.

Tu, piensa. ¡Sálvame tú!

¡Porque en tu mano lo tienes!.

(Mutis de la Condesa)

- MUSICA -

- CANTADO -

ANDRES.-

(Que ha caído en un sillón,
(abrumado.

¿Qué ha querido decirme?:

"¡Sálvame tú!"

¿Hasta dónde me obliga
la gratitud?

¿Qué deber es el mío
tan opresor

que de tal modo mata
mi corazón?.

(Se levanta)

¡Adiós, esperanzas de un día!
¡Adiós, ilusión de volar!
El pájaro queda sin alas
en medio de su libertad.
Afanes de nobles empeños,
quimeras de un mundo mejor...
¡Los sueños quedaron en sueños
y sólo es verdad el dolor!.

¿Qué ha querido decirme?
¿Qué debo hacer?
¿Cómo cierro los ojos
a mi deber?
Cuanto soy yo les debo...
¡Pobre de mí!
Volveré a ser la sombra
de lo que fui.

¡Adiós, las veladas audaces!
¡Adiós, la atrevida ambición!
Yo mismo fabrico mi jaula
que guarda, cautivo, mi amor.
Mujer adorada y sagrada:
perdón por mi gran sinrazón;
que muero de amor por tu vida,
¡y a un tiempo la muerte te doy!.

Volveré a ser la sombra
de lo que fui
Sin amor y sin alas,
¡pobre de mí!.

- HABLADO -

ANDRÉS

(Llamando)

¡Tinoco! ¡Tinoco!

TINOCO.-

(Saliendo por segundo término
izquierda.)

¡Chito

¡Chito!...

ANDRES.- ~~ANDRES~~

(Excitado)

¡Tinoco!.

TINOCO.-

(Dándose importancia)

¡Poquitas voces!

ANDRES.-

Llama a la Condesa... ¡Pronto!

TINOCO.-

Llámalas tú, si te corre
tanta prisa.

ANDRES.-

(Imperativo)

Llama, digo,

¡porque si no....!

TINOCO.-

(Un poco achicado)

¡Calma, hombre!

ANDRES.-

(Lo mismo)

¡Y abajo! Dile a Clarita
que venga.

(Al ver que Tinoco no se mueve)

¡Sin discusiones!

¡Que suba! ¿Lo digo claro?

TINOCO.-

¡Clarísimo!

ANDRES.-

Pues... ¿entonces?

Primero, abajo; y después...

CANDELAS.-

(Por primera izquierda)

Pero, ¿qué te pasa?

ANDRES.-

(Con emoción)

Oyeme,

Candelas: ¿soy yo capaz,
por lo que tú me conoces,
de ser desagradecido?

((A Tinoco))

¿No bajas?

TINOCO.-

¡Tú lo dispones!

(Mutis por la derecha)

CANDELAS.-

(Cariñosa)

¿Desagradecido, tú?

ANDRES.-

¿No, verdad? ¿Y un ser innoble?

CANDE.-

Tampoco.

ANDRES.-

¿Y un perturbado?

CANDE.-

¡Menos aún!

ANDRES.-

Pues no formes

otro concepto, si escuchas algo
que no te supones.

(Aparece por la primera izquier-
da PAULITA.)

¡Feliz, Paulita!... ¿Tú quieres
llamar a todos, en nombre
de un desgraciado? Es preciso

que estos muebles y esos bronce,
testigos de mis victorias,
lo sean de mis dolores.

(Paulita asiente y hace mutis)

- MUSICA -

- CANTADO -

ANDRES.- No me dejes, Candelas;
tú ven acá.
Y, por mucho que oigas,
me bastará
con que mi media hermana
no piense mal.

PAULITA.- (Volviendo a salir por la pri-
(mera izquierda.

¿Decías?

CONDESA.- (Que sale detrás de Paulita)

¿Llamabas?...

TVARISTO Y.- (Que, tímidamente, aparecen a
MARIA CRUZ (continuación por la segunda
(izquierda.

¿Nosotros?...

ANDRES.- También.

CLARA.- (Por la derecha, seguida de su
(padre y de TINOCO.

¿Llamabas?...

D.GREGORIO.- ¿Decías?...

ANDRÉS.-

(A Don Gregorio)

CANDE.-

Acérquese usted.

(A Andrés)

CONDESA.-

Me asusta tu cara.

TIVOCO.-

Me inquietas, Andrés.

ANDRÉS.-

¿Yo sobro?

Tú tienes
también que saber.

(Después de los nombrados, han
(salido algunos de los amigos
(y amigas de la Condesa y de
(Candelas, que estaban con ellas
(También, curiosa, asoma por el
(segundo término izquierda la
(DONCELLA del primer acto.

ANDRÉS.-

A todos yo quiero
pediros perdón:
¡he sido con todos
ingrato o traidor!
¡Soy padre de un niño
que pide, al llorar
como una limosna
de paternidad!

- - -

CLARA.-

(Temblorosa)

ANDRÉS.-

¿Qué dices?

¡La verdad!

CLARA.-

¡Lo diga María Cruz!

Yo no puedo creerlo.

ANDRÉS.-

(A María Cruz)

¡Confírmasele tú!
Confiesa que tu hijo
es hijo de los dos;
y díles que mañana
tu esposo seré yo.

(La Condesa emocionada, se lleva el pañuelo a los ojos, para ocultar su emoción.)

MA CRUZ.-

(Un poco incierta)

¿Tú quieres?

ANDRES.-

(Con autoridad)

¡Yo lo digo!

CLARA.-

(Desolada)

ANDRES.-

¡Oh, no! ¡No puede ser!
Yo he sido un desalmado,
que a todos engañé.
Más quiero, desde ahora,
mi falta reparar.

MA CRUZ.-

(Arrodillándose e intentando
besar una mano de Andrés.)

CLARA.-

¡Andrés, Dios te bendiga!
¡No puede ser verdad!

C O N C E R T A N T E .

ANDRES.-

Yo he sido un desalmado,
que a todos engañé.
Más hoy arrepentido,
mi culpa lavaré.

MA CRUZ.-

(Al mismo tiempo)

Un nombre das al hijo
que honrado quiero ver.
Me ofreces ser mi esposo;
¡Dios te bendiga, Andrés!

CLARA.-

(Al mismo tiempo)

El corazón no engaña

y niégase a creer.
¡Andrés no es un malvado!
¡Oh, no! ¡No puede ser!

LOS DEMAS.-

(Idem)

¡Quién pudo
imaginarlo!...
¡Qué cosas
se han de ver!

HABLADO SOBRE LA ORQUESTA.

ANDRÉS.-

(Dirigiéndose humildemente a
la Condesa.

Señora: solo preciso
su bendición y licencia
para que mañana mismo
nuestro casamiento sea.

CONDESA.-

Yo seré vuestra madrina.

ANDRÉS.-

(Respetuoso)

Gracias. (Volviéndose emocionado a Clara.

Si merezco pena,
de nadie como de... usted,
señorita, la padezca,
que fui con usted villano...
ocultando mis torpezas.

D. GREGORIO.-

(Severo)

¡Son ésas las enseñanzas

ilustres de su carrera?

CLARA.-

(Que presencia toda la escena
(angustiada.

¡Padre, por piedad!

CONDESA.-

(En lo suyo)

Mañana.

quiero que pasen mis huertas
a ser vuestra propiedad,
porque en ellas feliz seas
con tu mujer y tu hijo.

ANDRES.-

(Respetuoso)

Gracias.

(Volviéndose a María Cruz)

Ya lo sabes: vuestras:

MA CRUZ.-

¡Y tuyas!

ANDRES.-

Bien. Pero yo
poco gozaré de ellas,
porque... quizás por la tarde
partiré lejos.

MA CRUZ.-

¿Nos dejas?

CONDESA.-

¿Te vas?

ANDRES.-

Me voy, remediada
mi culpa, porque me fuerzan

compromisos contraídos
~~anteriormente~~
~~precisamente~~ en América.

No olvidaré mis deberes;

¡no romperé mis cadenas!

Soy agradecido, Soy,

señora, como esta tierra

de Bargas, -donde he nacido,-

(Señalando el canastillo de en-
(cima de la chimenea.

que os traje ayer, como prueba
de mi afecto y mi lealtad.

Queredla todos; queredla...

y cuando en este cestillo

una blanca rosa crezca,

pensad que la gratitud,

con sus lágrimas, la riega.

¡Ya véis en lo que ha parado

el canastillo de fresas!

- CANTADO -

Vuelve el C O N C E R T A N T E .

ANDRÉS.-	Yo he sido un desalmado... etc
MA CRUZ.-	Un nombre dás al hijo... etc
CLARA.-	El corazón no engaña... etc
LOS DEMAS.-	¡Quién pudo imaginarlo... etc.

(Durante éste concertante, Cla-

(ra cae llorando en brazos de su
(padre; María Cruz, feliz, se di-
(rige gozosa a su padre y su her-
(mano, con quienes forma grupo;
(los cuales, aunque hacen muestras
(de aprobación, no dejan de exte-
(riorizar cierto desencanto; la
(Condesa, entre satisfecha y aza-
(rada, pega la hebra con Paulita,
(arrastrada por un espontáneo im-
(pulso; y únicamente Candelas acu-
(de en busca de Andrés. Este, emō-
(cionado, le abre los brazos; y
(la hija de la Condesa, que ha
(comprendido todo el valor del
(sacrificio del mozo, cae en aque-
(llos, en un arranque de verdade-
(ra gratitud.

T E L O N .





CARMEN MORENO
COPIAS TEATRALES
MURCIA, 26 T. 19 77488
M A D R I D